

# BETANZOS DE LOS CABALLEROS

(Semblanza moderna de un pueblo secular)

Trabajo premiado en los Juegos Florales mencionados anteriormente.

¡Glorias de Betanzos! ¡Historia, leyendas y tradiciones de la muy noble, leal y antiquísima ciudad, con títulos y grandeza imperecederos! ¡Páginas radiantes, prestigiadas por los fondos de los archivos, las líneas nobles de sus edificios seculares y la majestad de los escudos heráldicos, que hablan de un pasado enorgullecedor! Yo os evoco con apasionada emoción de gallego.

En robustas estrofas líricas y rotundos períodos de prosa docta merece ser cantado todo ello; aunque en el caso presente bastaría a mi objeto acertar a resumir, con la fluidez de una información periodística, las sugerencias que suscitan los hechos magníficos del ayer brigantino y los afanes del presente, laborioso y fecundo.

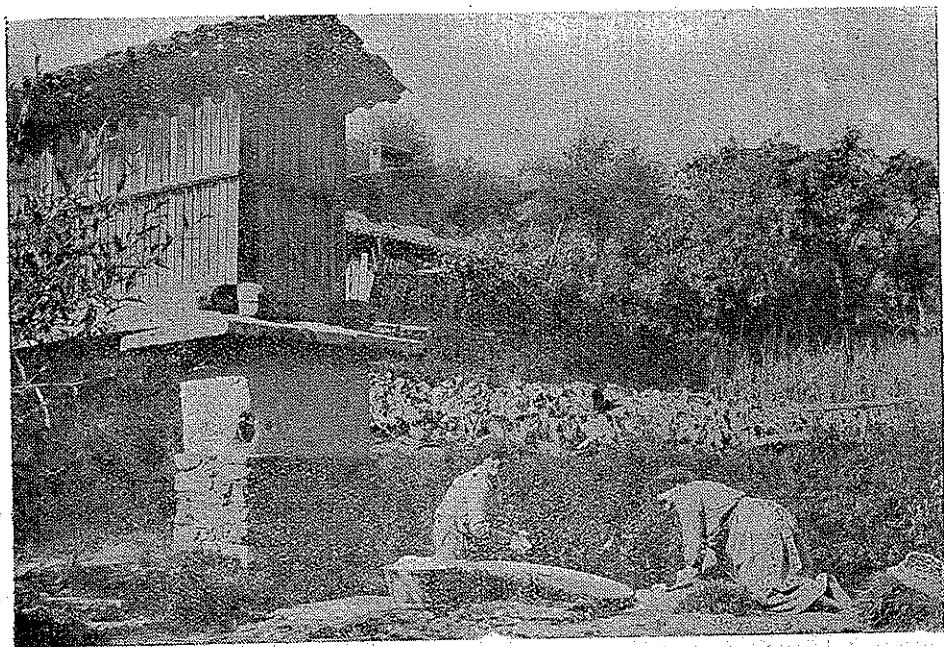


MANUEL ABELEÑA.—"Mariñanas".

Betanzos, pueblo artista, de intenso comercio y a la vez agrícola y marinerero, es uno de los más linajudos y característicos de España. No declinó nunca la celosa guarda de sus tesoros arqueológicos, ni el esplendor de sus anales ni el homenaje a los antepasados insignes; pero supo, no obstante, incorporarse a la corriente del vivir moderno. Cultiva su espíritu con los libros y con las artes, conserva sus monumentos y sus costumbres y, evolucionando, se asimila las conquistas del progreso. Artesano y señorial, industrial y campesino, austero y jocundo, con gracia muy gallega y mariñana, desarrolla actividades y riquezas naturales crecientes e insospechadas.

Su cultura tiene solera de siglos: se forjó a la sombra de los monasterios co-

marcanos, de los conventos, palacios, castillos y bibliotecas, entre monjes, prelados y nobles infanzones... Asentado como está en el corazón de las maravillosas Mariñas y en las márgenes de los poéticos ríos que lo ciñen, el Mendo y el Mandeo, natural es que conociese largos períodos de tráfico activo propicios a la navegación, hasta que el rodar del tiempo, la incuria de los hombres y los aluviones de las montañas estrecharon y disminuyeron los cauces. Tanto fué navegable la ría de Betanzos que en el siglo XVI consta que entraban en ella navíos y galeras cargadas de mercaderías, y es fama que alterosas naves reales se acoderaron al Puente Viejo.



(Foto Veiga Roel).

“La hermosura y fertilidad del país son notorios”

La hermosura y fertilidad del país son notorios; y llegó a ser tan grande la abundancia de sezonadas frutas, que se hacen ascender a cien los navíos que con tan dulce carga zarpaban anualmente de Betanzos para Francia y Portugal. Si pudo decir del Hoyo en los conocidos «Memoriales» de sus espaciadas visitas que aquellas tierras por donde pasaba «eran un paraíso de flores y frutos», el alemán Ziegler llamó «camino de dioses» a los que bajo la fronda de los árboles, y entre viñedos, van de Betanzos a Ferrol y a La Coruña.

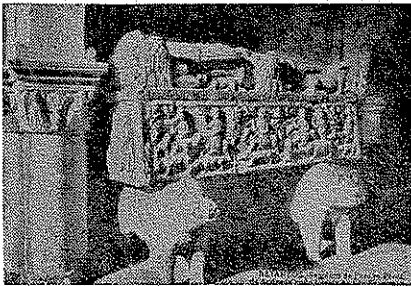
Y a fe que no caben tampoco loanzas más entusiastas y coloristas que las que en nuestros días dedicaron a la vetusta y siempre remozada urbe poetas y escritores del talento y galanura de la condesa de Pardo Bazán, Sofía Casanova, Gómez Carrillo, Répide, Zozaya, Pérez Lugín... La situación de la ciudad como cabeza de partido y de una cautivadora comarca ubérrima y pobladísima, en la que los frutos del país y las vides tanto abundan, es privilegiada.

El «Portus Brigantium Flavium» de los romanos no necesita, en verdad, buscar sus orígenes en etimologías absurdas ni apoyarlas en reyes fabulosos, que los historiadores rechazan. Se admite que el núcleo primitivo de población formado en días preteritos en lo que fué luego San Martín de Tiobre—«Betanzos o ve-

llo»—, creció en importancia a través de generaciones, invasiones y conquistas y soportó como el territorio nacional el paso de normandos, suevos, celtas, romanos, árabes y demás extrañas gentes; siquiera con ánimo siempre de sacudir el yugo odioso.

Alfonso IX de León asentó el floreciente burgo en el empinado castro de Uncta, que es su emplazamiento actual; y cuando Enrique IV de Castilla le concedió el título de ciudad, era ya Betanzos una «villa marítima próspera y muy nombrada». En progresión constante, fué capital al tiempo en que el rey don García se señoreaba de Galicia. Descolló más tarde como una de las cinco o de las siete principales ciudades en que fué dividido el viejo reino galaico; y habida cuenta que las demás provincias eran Santiago, Lugo, Mondoñedo, La Coruña, Orense y Túa, puede colegirse cuánto significaba ya por aquel entonces la brigantina urbe.

Las crónicas nos hablan de «la mucha nobleza y de las casas de solar» allí radicadas. Estuvo, en efecto, constantemente «llena de caballeros y gente noble»; de donde proviene la halagadora denominación de «Betanzos de los Caballeros» con que se singulariza su abolengo, mantenido con tesón y dignidad admirables.



“El suntuoso y hermosísimo sepulcro de Fernán Pérez, en el monasterio de San Francisco...”

Con el conde de Traba, la más antigua figura de la nobleza gallega en su época, citamos a Fernán Pérez de Andrade o Boo, cuyo nombre y famosos hechos parecen llenarlo todo en Betanzos. Privado de Enrique II de Trastámara, fué éste quien le otorgó el condado de Andrade; que no en vano tuvo en Fernán Pérez uno de sus más valiosos parciales, hasta el punto de hacérsele aparecer, con Duguesclin, en la tragedia de Montiel.

Otros magnates testimonian la preferencia de que gozaba el solar brigantino, como son Aras Pardo das Mariñas, Enrique de Castro y las casas de Lanzós, Villouzás, Díaz de Ribadeneira, Figueroa, Lodeiro, Maceda,

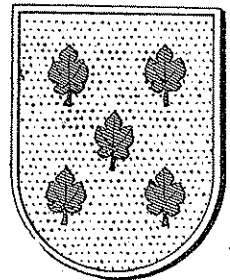
Limión, Montoto, Porras, Ben, Rañobre... Coronación de tan vasta sucesión de timbres y linajes son los omnipotentes condes de Lemos y Andrade que con Puenteume y Monforte guardan tan íntima conexión. El suntuoso y hermosísimo sepulcro de Fernán Pérez en el monasterio de San Francisco, por él fundado, nos dice en su lenguaje mudo cuánta fué la pujanza y poderío del héroe.

Algunos de estos sarcófagos se cubrían antiguamente en monasterios e iglesias con telas de tejido de oro, en días de función solemne.

Como atalaya y centinela avanzado del extenso dominio, álzase aún hoy sobre estratégico roquedo, el altivo castillo de Andrade, visible en varias leguas a la redonda, que restaurado no ha mucho por los duques de Alba, sus actuales y legítimos dueños, mantiene enhiesto el pabellón de tan preclara estirpe.

Tradiciones y hechos relevantes pueden citarse no pocos en relación con tan grandes antecesores, pero la enumeración me llevaría lejos y rebasaría los límites de un artículo turístico. Páste aludir a las dramáticas escenas del Valdoncele, a la «Torre de Peito burdelo»—que Salinas plasmó y llevó a la escena en una obra teatral—y al episodio derivado del famoso Tributo de las Cien doncellas, en que lo histórico y lo novelesco se funden.

En tiempo de los califas y de Mauregato tenía Betanzos, como otros pueblos, que entregar en determinada fecha un grupo de bellas cautivas cristianas a los requisadores del moro, cuando impidieron con gallardía tal afrenta los hermanos Figueroa. Su ímpetu bizarro, acabó con la ignominiosa práctica, en singular batalla. Arremetieron ellos y su



Armas de la casa de Figueroa.

gente contra los musulimes, armados de gruesas ramas que desgajaron de un huerto de higueras, y los desbarataron en recia lucha.

“No figueiral figueirido,  
no figueiral entrei...”

— como dice el secular romance. Allí se inició la liberación de la tierra gallega y acabó para siempre el nefando tributo; no sin la mediación milagrosa del Apóstol Santiago que en Claviyo, por tierras de la Rioja, batió desde los aires a la morisma.

Volviendo a los días presentes o retrotrayéndonos a ellos, el panorama que ofrece Betanzos oteado desde la Angustia, desde la estación férrea del Norte y desde las demás alturas circundantes es bellísimo e inconfundible: por lo dilatado, por la diversidad de términos, profundo del paisaje y por la suave gradación de las perspectivas. Se abarca el curso zigzagueante de los ríos; las marismas con sus manchas ocre y grises; los hórreos escoradós en la Galera; los balcones y los chatos soportales del «Peirao» — antiguos barrios de pescadores —, con las barcas varadas en la margen limosa retratándose en las aguas.



“Los balcones y los chatos soportales del Peirao...”

(Dib. de F. Cortés)

Las carreteras a Madrid, a Ferrol, a La Coruña, a Santiago, a la Golada y demás, perfilan en torno al castro su línea blanca y ondulada, entre el verdor de las cimas. La ruta a Madrid atraviesa la plaza y la de Ferrol contornea la Ribera. Atrás queda la mole del Breamo cubierta de pinos. En frente, se alza a modo de

telón espléndido; la inolvidable visión del conjunto urbano trepando, apiñado, monte arriba. En lo más alto destacan como flechas apuntadas hacia el cielo las agudas torres de la iglesia de Santiago y el artificio del reloj, en la vieja torre

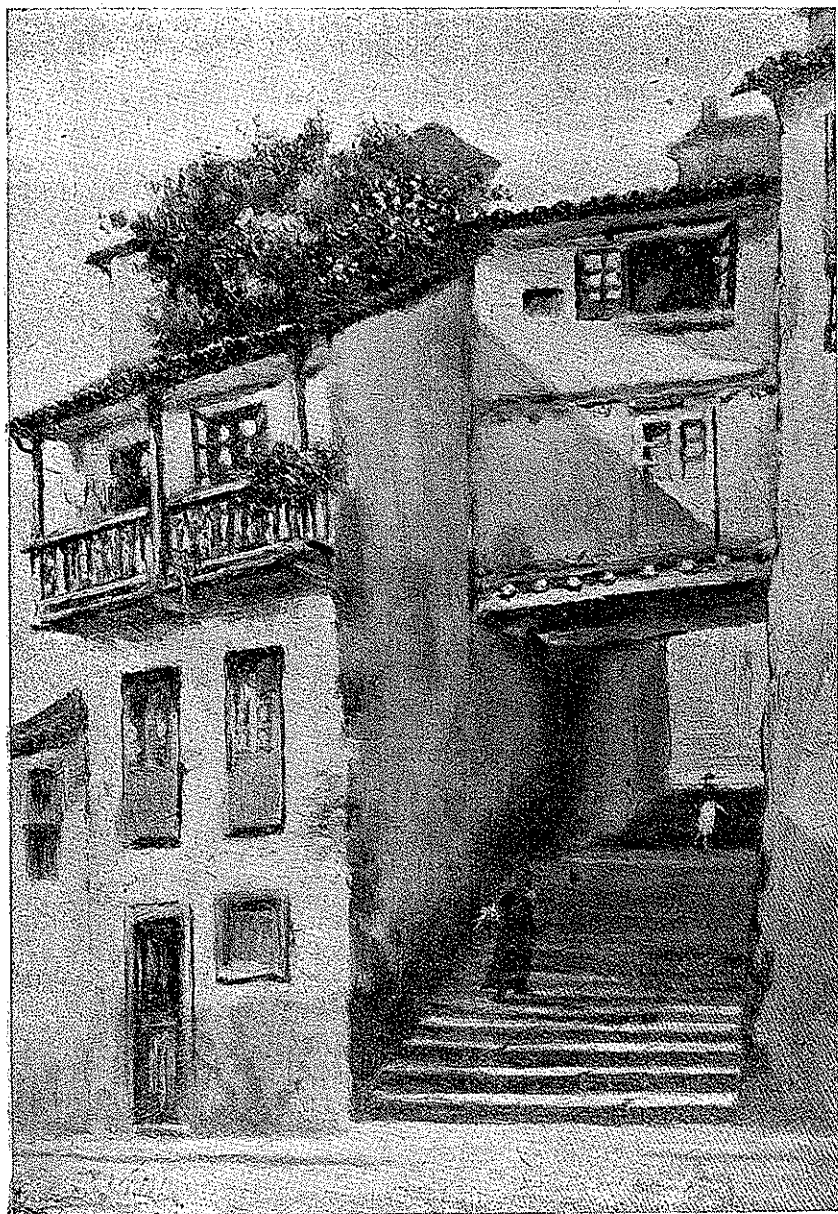


JOSÉ SEIJO RUBIO.—"Mercado de Betanzos".

municipal. Un ciprés centenario surge asimismo, esbelto, entre la masa abigarrada de tejados y chimeneas del caserío. Por sobre los puentes va y viene el tropel constante de vehículos y transeúntes, exponente inconcuso de animación y vida

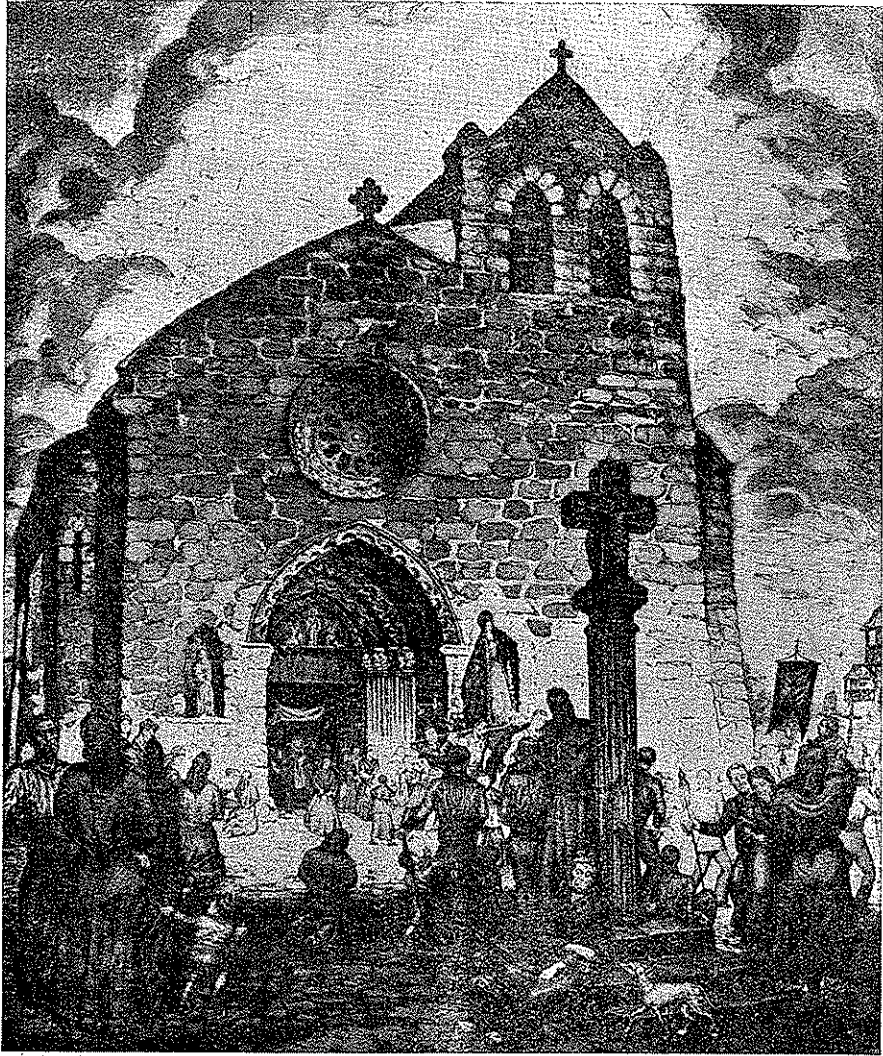
de un ilustre pueblo, cuya fisonomía perdurará captada en las soberbias agua fuertes de Castro Gil y Prieto Nespereira, trasunto de tanta belleza.

Antaño se bajaba a la urbe viniendo de la estación, en *riperts* y pesadas diligencias que, cargadas de viajeros, se bamboleaban peligrosamente en las curvas. Eran bulliciosas las caravanas que por las Cascas entraban, máxime en los días de feria. Cuando hubo ferrocarril a Ferrol el pintoresco descenso se simplificó, sin dejar de ser vocinglero. Yo que tengo bajado alguna vez en camioneta por la vía férrea, faldeando la montaña en amplios círculos, pude gozar a placer del cuadro extraordinario.



FLORENCIO VIDAL.—"Puerta de la Ribera".

Los pintores, cuantos saben ver el Arte, se maravillan recorriendo la ciudad, sus calles pinas, los rompimientos escenográficos inesperados, el aliciente de los quiebro y esguinces en las rinconadas románticas, cabe los edificios centenarios... Qué evocadores la rúa da Fonte d'Unta; la puerta del Cristo de la Ribera, restos del recinto murado; la extraña plaza de Enrique IV; la fachada severa de Santa

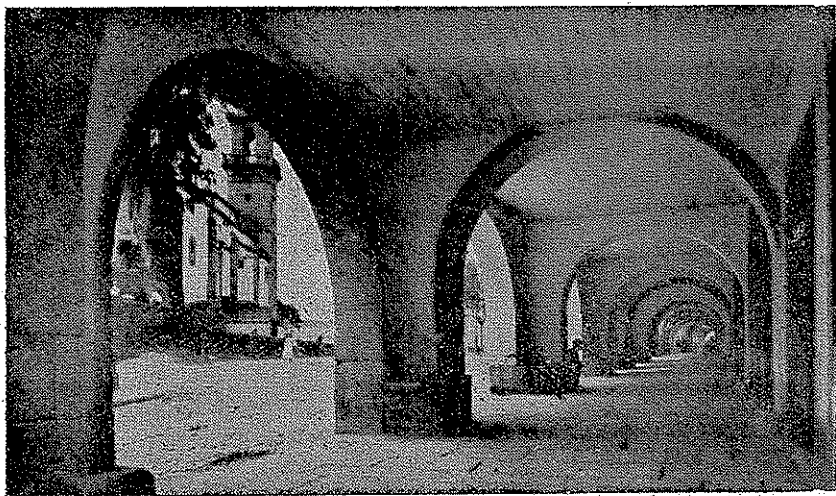


JOSÉ MORILLO. — "La procesión de la Octava de la Ribera sale de Santa María".  
(Aguafuerte)

María del Azogue con sus hornacinas y el rosetón historiado; el ábside ojival de San Francisco; la bellísima rúa de Cervantes; el callejón, el pórtico y la torre del templo de Santiago; un ángulo del de Santo Domingo, la rúa de Roldán, la plaza del Concejo; el Archivo, que no llegó a serlo nunca; el convento de monjas agustinas... Por doquier apuntes cautivadores.

Y luego, la nota moderna de la Alameda, los anchos soportales, la amplitud de los Cantones...

—Pero ¿dónde está este pueblo? —preguntaba a gritos con real sorpresa y emoción el gran pintor Zuloaga, cierta vez en que le mostraban estampas de Bé-



Los porches de la anchurosa plaza y, a muy corta distancia, la esbelta torre conventual, mástil señero que, en las fiestas patronales, soporta, orgulosísimo, el ingente y tradicional aerosfato, admiración de propios y extraños.

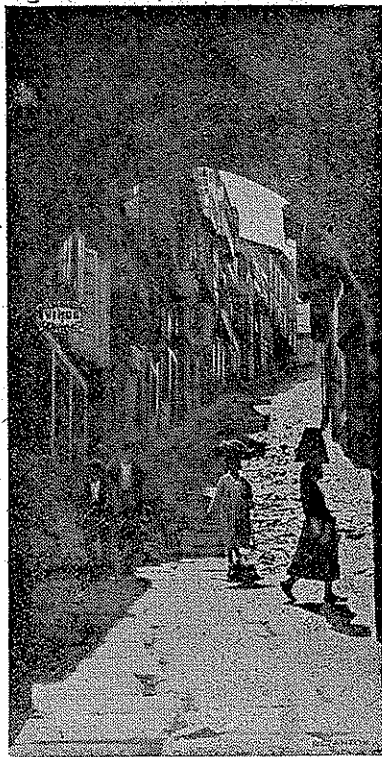
tanzos, donde no había estado nunca; como tampoco en el bendito país tan favorecido por la pródiga Naturaleza.

En las alboradas luminosas y en la serenidad de la tarde, cuando el pueblo yace en sosiego, suben del valle el eco de la campanita de algún iglesario, la dulce voz de una moza que entona coplas vagas melodías, de la gaita, el estallido de los cohetes en alguna romaxe distante, el chirriar de los carros que avanzan cargados de mieses y nos hablan del Betanzos agrícola. La santa paz del agro gallego, eficaz quitadora de penas, al igual que los

“doces, galleguiños aires...”

Todos los años por esta época Betanzos, rejuvenecido, se viste de fiesta para celebrar las que dedica a San Roque, el milagroso peregrino patrono de la ciudad. Muéstrase ésta aún más risueña y acogedora con la muchedumbre que la visita. Llega de cerca y de lejos llenando autos y trenes, que no en vano tienen justa fama los tradicionales regocijos betanceros.

Dura el holgorio varios días. El bureo en las rúas presenta notas peculiares. El chocleo de los zuecos aldeanos; los pregones, los estampidos de la pirotecnia, el son difuso de campanas, músicas y orquestas... Tocan éstas, incansables, en los salones de los círculos de recreo donde baila la juventud elegante, local y forastera. Y



Rúa dos Ferreiros (hoy Roldán).



en un concertante supremo, los clamores de la feria que tiene por escenario el vasto campo tras el edificio del Archivo, poblado de árboles, con toldos y tendetes de lona. Ved aquí una de las más renombradas ferias gallegas por la abundancia de ganados y frutos, las muchas transacciones y la lucrativa compra-venta de productos, desde los aperos de labranza, quesos mantecosos y el sabroso «pan de Betanzos» a las llamativas telas de colorines, tendidas en los puestos y flameando al viento como gallardetes.

La solemne función del Voto en la capilla del Santo, en la plaza, congrega



CAPILLA DE SAN ROQUE,  
en la que se celebra la solemne función del Voto.

allí al Excelentísimo Ayuntamiento precedido de las legendarias danzas gremiales: cuadrillas encintadas y endomingadas de los «mareantes» y de los labradores, que trenzan ágiles puntos, diestros en el rítmico manejo de arcos y espadas. Estampa de auténtico sabor de época que interesa vivamente a los turistas.

Hay en estas populares fiestas agosteanas dos notas singulares y muy betanceiras: una la alegrísima y rebotante verbena en la plaza, que finaliza con la elevación desde la torre de Santo Domingo del gigantesco globo lleno de rótulos y jocosos dibujos alusivos, y otra—otra fiesta, única—la incomparable jira por el río hasta los Caneiros; un curruncho georgico donde se baila, se troulea y se merienda.

Si delicioso es el paseo de ida por el Mandeo, buscando las lanchas engalanadas el sombrero agarimo de la floresta que festona las orillas, aun más deleitable se me antoja el regreso, de noche, al ritmo que impone el lento descenso de la marea. Las embarcaciones adornadas con ramaje y

banderas e iluminadas con farolillos retornan llenas de muchachas preciosas y animados rapaces: cantan todos que se las pelan. Se derrocha alegría mientras la gente seria repentiza con tablas, en las mismas barcas panzudas, las mesas para la cena.

Hay batallas de flores y serpentinas, tupinazos en las aguas del río y fuegos de lucería en los aires. La luna, jugando al escondite entre celajes, sonríe envidiosa de la placentera fiesta. Literatos y pintores la plasmaron, con suerte varia, sugestionados por el fantástico cuadro. Corre el agrídulce vinillo de la tie-

rra, y diríase que las estrellas son más fúlgidas y parpadean más intensas a medida que las libaciones menudean. El jubiloso desembarco en el Puente Viejo que parece un ascua de luz—¿cómo olvidar al popularísimo Claudino?—, resume la estupenda jornada. La baraúnda halla ecos dispares en los muros del convento de las agustinas, al pie del muelle; acaso menos adustos a esas horas nocturnas de alegría general y contagiosa.



CLAUDINO PITA,  
el famoso y simpático "globista", presente siempre  
en la memoria de todos los betanceros.  
† 3 de abril de 1933.

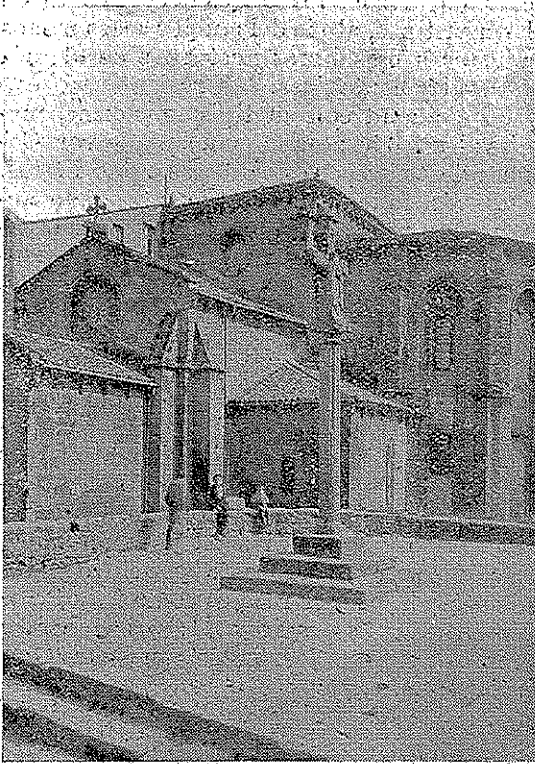
La ciudad con su tipismo enorme, medieval y moderno tiene mucho que ver. Concedlo todo; pero dejad pasar las fiestas. Después, en los días de sosiego, cuando Betanzos vive su vida burguesa y bien ordenada, volved de nuevo los ojos al pasado. Leed su historia ejemplar y gloriosa que os hablará de las visitas que allí hicieron santos y reyes; de los días de esplendor y decadencia; de los enrevesados pleitos que la ciudad sostuvo con la mitra y con otros pueblos, defendiendo viejos derechos; de memorables incendios y saqueos; fundaciones y privilegios; de la estrecha relación con monasterios afines como Monfero; Caaveiro, Bergondo y el Temple; del Voto popular a San Roque, que arranca de hace cinco siglos; de otros hijos esclarecidos como fray Pedro de las Mariñas y fray Miguel González, compañeros que fueron de San Pedro González Telmo...

Si vuestro afán investigador no se sacia, acudid al docto Vales Villamarín,



El campo de los Caneiros, "un curruncho geórgico donde se baila, se troulea y se merienda"  
(Foto veiga Roel).

ilustre cronista oficial de la ciudad al servicio de la cual pone su saber y erudición, tan grandes como su entrañable cariño. Él disipará dudas y completará informes. Por lo demás, veréis un pueblo pulcro y bien regido que, sin desnaturalizaciones, es modelo de urbanización. El polvo de los siglos no estorba las más exquisitas reglas de policía, aun pleno ajetreo del trabajo. El más intenso, aparte la gran actividad comercial, es el de la industria maderera y de las serrerías eléctricas. Se exporta mucha madera, como también vinos, granos, frutas y legumbres que gozan de justa fama en todas partes.



"El ábside ojival de San Francisco".

La beneficencia está solícitamente atendida por la municipalidad, y son unánimes las alabanzas a la generosidad de los hermanos señores García Naveira, conspicuos filántropos brigantinos que, llevados de su gran amor a Betanzos, costearon un espléndido asilo que ostenta su nombre, un moderno lavadero y un parque.

¿Qué más? Las horas transcurren sedantes y apacibles. Ello me recuerda un cierto diálogo que publicó Francisco Camba, el notable escritor paisano nuestro. Hablando de Santiago de Compostela con Unamuno, que ponía por las nubes a la urbe jacobea, le preguntó:

—¿Y viviría usted allí, don Miguel?

—No, francamente—replicó. Me parece que debe caerse a uno encima. ¿Sabe usted dónde viviría gustoso?

—Usted dirá..

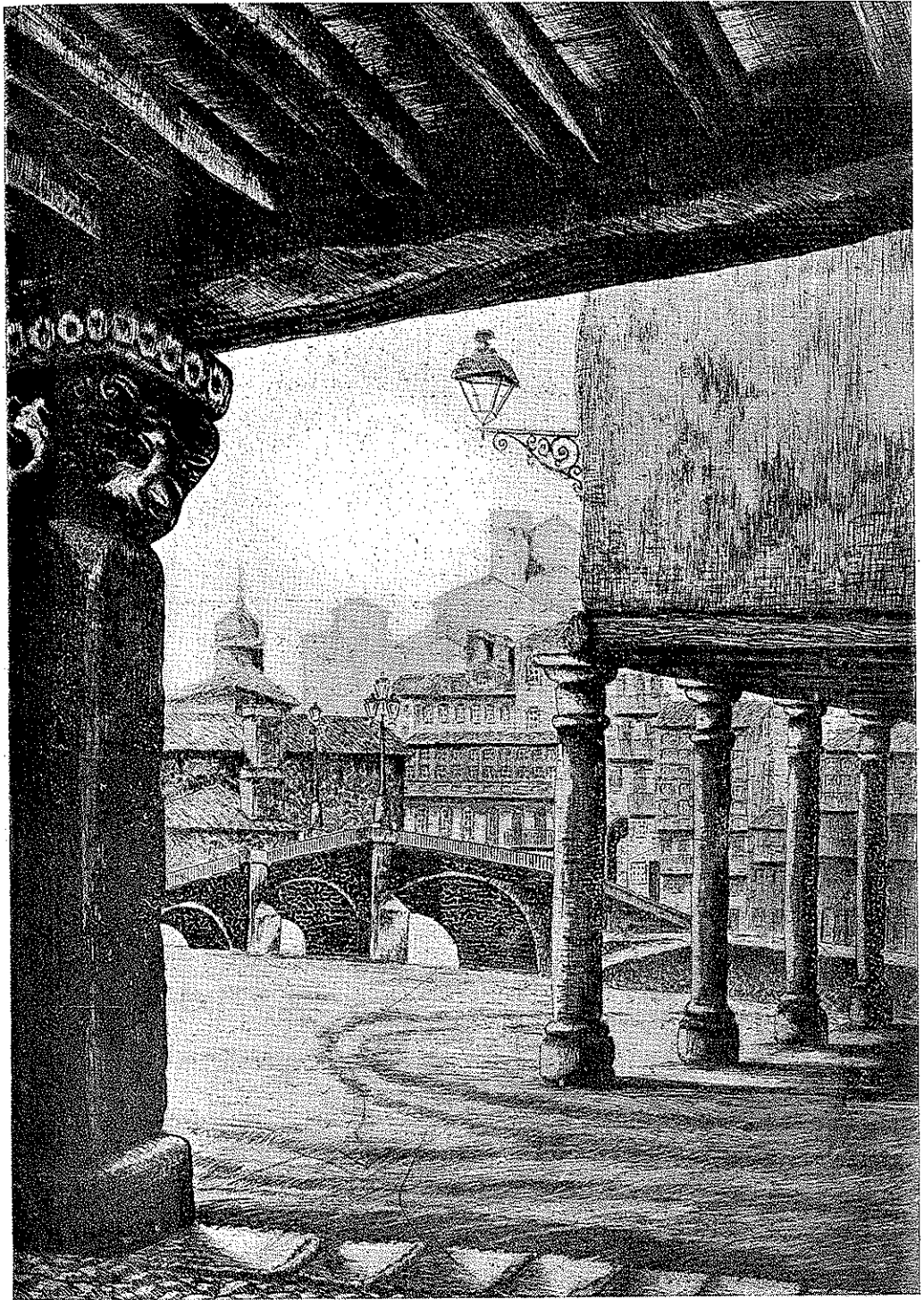
—En Betanzos. Betanzos es interesantísimo también. ¡Y cuánto carácter tiene!..

Otro voto de calidad éste de Unamuno. Y ahí tenéis la semblanza moderna de un gran pueblo secular.

**ALEJANDRO BARREIRO**

(De la Real Academia Gállega.)





M. MÉNDEZ PENA.—"Plaza de Enrique IV".  
(Aguafuerte)